

**SESIÓN PÚBLICA PARA DAR POSESIÓN
DE UNA PLAZA DE ACADÉMICO
CORRESPONDIENTE EN
ALCALÁ DE GUADAIRA AL
SR. DON VICENTE ROMERO GUTIÉRREZ**

28 DE MAYO DE 1999

LAUDATIO

Por JOSÉ MARÍA JAVIERRE ORTAS

Excmo. Sr. Director.

Excmos. Sres. Académicos.

Ilma. Sra. Delegada de Cultura de Alcalá de Guadaira.

Ilustrísimas autoridades.

Señoras, Señores.

1.- “A dos leguas de Sevilla, por donde el sol se levanta”.

Ciudad castillo que durante siglos montó guardia al costado de Sevilla.

Desde su otero, Alcalá mira hacia la capital con cariño y alguna ironía inteligente:

“La entrada de nuestro castillo está más alta que las campanas de la Giralda, dicho sea con todos los respetos”, avisa uno de sus escritores.

Con exactitud ven los alcalaños a Sevilla, según la frase atribuida al rey poeta Al Mutamid, “como una rosa abierta en la llanura”.

Hoy vivimos en esta Academia un día hermoso: Alcalá ha bajado de su otero para invadir nuestra casa.

Sus autoridades y sus ciudadanos vienen acompañados de la nutrida representación de alcalaños asentados en Sevilla.

Ellos forman aquí en la capital una patrulla impresionante, con su nómina, eficaz amén de ilustre: juristas, médicos, religiosos, literatos, historiadores, ejecutivos de múltiple sello, dan resplandor a su Alcalá de sus amores despertando en el seno de la sociedad sevillana ecos de admiración y de simpatía. Me asalta la tentación de registrar algunos nombres muy queridos para mí. Renuncio, porque sería injusto olvidar a otros.

La Real Academia de Buenas Letras acoge como nuevo académico a un joven investigador alcalaíno, embajador excelente de su ciudad y de su clan familiar.

Debo, pues, ofrecer como pórtico a su discurso dos breves reflexiones.

La primera, dedicada a Alcalá.

La segunda, al clan de los Romero.

2. Deudas largas y muy sabrosas tiene Sevilla con respecto a Alcalá de Guadaira. Deuda que deseo simbolizar en palabras tan poéticas como el pan, el agua, la soleá, el albero, las aceitunas...

Una deuda histórica con Alcalá no solo afecta a Sevilla, sino a toda España: El consuelo que Alcalá dio a la mayor desgracia de Fernando III ante las puertas de Sevilla: por la muerte de su madre doña Berenguela.

La noticia llegó de Burgos y Valladolid un día glorioso; recién ocupado el castillo de Alcalá. A entrada de tarde. Los mensajeros derramaron sobre el campamento una nube de otoño profundo.

Celebrado a mitad de agosto de 1246 el Consejo de Guerra en Jaén, don Fernando había venido a Córdoba dispuesto a ejecutar sin demora los acuerdos: marchar Guadalquivir abajo, por la vega izquierda, sobre Sevilla. Le bastó mes y medio para organizar la primera expedición. Iba a servir de tanteo, una puesta a punto.

Apenas iniciado octubre, el ejército arrancó hacia Carmona, cinco jornadas. Tranquilas, sin desplegar apenas la formación, pues villas y castillos de paso abrían sus puertas y ofrecían vasallaje. Los alcaides moros, doblada la rodilla ante el Rey castellano, le miran desde abajo a la cara como si vieran un semidiós. Ha

circulado entre ellos que Fernando trae su frente señalada por la suerte. Lo creen invencible. No dudan que tomará Sevilla. Y quién sabe si cruzará el mar hasta la orilla africana...

Carmona es otra cosa, ciudad fortificada, altiva.

No éramos todavía fuerza numerosa, pues las mesnadas de ciudades castellanas han recibido aviso de acudir a Córdoba pasado el invierno, en primavera. Escoltan al Rey su hermano Alfonso de Molina; el hijo Enrique, sexto de los paridos por doña Beatriz, siguiente a la infanta metida a monja en Las Huelgas, cumple ahora dieciséis años, y media docena de altos magnates, el maestro de Uclés, el maestro calatravo, caballeros, cortesanos, un total de trescientos jinetes. Más la milicia concejil de Córdoba, bien pertrechada de caballería.

A mitad de camino, comprobamos que Al Ahmar quiere ser fiel de veras a su pacto: llega en persona mandando quinientos de sus caballeros. Ha de ser pavoroso el impacto sufrido por los musulmanes cuando vean caer sobre sí una hueste formada de cristianos y moros.

El Rey no pretende atacar Carmona, plaza fortísima, cuyo asalto exige muchos hombres y abundante material. Situada en la vega riente frente a la izquierda del Guadalquivir, sobre una meseta, formidablemente amurallada, la ciudad conserva restos de las defensas cartaginesas y romanas, amén del imponente bastión construido con sillares almohades. En la cima del cerro, su aljama y su alcázar desafían mirando al norte los enemigos procedentes de Córdoba. Al sur, dispuesta para cerrar el paso a las embestidas repetidamente llegadas de Sevilla, los moros han reforzado la puerta con una segunda defensa cincuenta codos más adentro. Hemos contemplado la ciudad, altanera, sus torres pertrechadas a lo largo de la muralla.

Sin que don Fernando haya pretendido marcar siquiera el cerco futuro, la tropa caracolea por la campiña, donde la estación invernal evita quemar mieses; pero no se libra de saqueos e incendios de caseríos del entorno. Carmona nos mira callada e inquieta. Hasta que proseguimos la marcha por los blancos alcores, camino del Castillo de Alcalá. Dejamos atrás campos asolados.

A los sevillanos tiene que parecerles una provocación que con tan exiguo ejército el Rey castellano se aventure hasta una de

las más firmes fortalezas protectoras de la capital, y a escasa media jornada de camino: Alcalá, ubicado a orillas del Guadaira, río que sale al Guadalquivir abajo de Sevilla, protege el campo sevillano, segundo cinturón verde circundante de la ciudad: tierras de labor, labranza y bosque pobladas de alquerías y fincas de recreo, abundantes en hortalizas, viñedos, frutales, olivos, término fértil con la vega de Triana a la vera de Sevilla: desde Alcalá basta una cabalgada para alcanzar las murallas.

Aparentemente, la expedición fernandina solo podía significar una “espolonada” más, ansiosa de botín, destinada a destrozarse reservas alimenticias de la capital. Pero los defensores de Sevilla han tenido que preguntarse si el Rey castellano tantea posiciones para sitiar a corto plazo la ciudad. Además sus espías les habrán informado cómo al ejército cristiano se han sumado medio millar de jinetes musulmanes de Granada capitaneados por Al Ahmar, con quien Sevilla tiene una cuenta pendiente. Por tanto, si el previsible acoso castellano sucede, a Sevilla no le quedará otro remedio que pedir auxilio a los sarracenos de África.

Los moros de Alcalá le han dado al Rey don Fernando la mayor sorpresa de su existencia guerrera. No sabemos que tampoco aquí trajera ambición de conquista; solo, de algarada. La ciudad dispone de buena fortaleza, construida por los almohades como vigilancia del amplio territorio al oriente de Sevilla: estructura sólida, muros robustos, barbacana difícil.

Pues qué asombro, el alcalde con su plana mayor ha salido espontáneamente al campamento solicitando del nazarí Al Ahmar que les conceda mediación para prestar vasallaje al Rey cristiano. ¿Temerosos quizá de que la algarada castellana causara en los campos de Alcalá destrozos semejantes a los recientes de Carmona? Puede ser. Ellos se rinden. Inmediatamente, Al Ahmar facilitó a don Fernando la ocupación del castillo,

La alegría era doble, por inesperada: Ya dispone el Rey de cuartel general para el asalto a Sevilla.

En estos gozos estábamos, cuando los mensajeros trajeron de Valladolid la noticia fatal.

A ocho de noviembre falleció en Valladolid doña Berenguela, una de las tres/cuatro damas preclaras de la historia de España. Pongamos media docena, para que aseguremos sitio a Isa-

bel de Castilla y Teresa de Jesús. Doña Berenguela perteneció a esta casta de féminas.

La llevaron a enterrar, naturalmente, en su monasterio burgalés de Las Huelgas.

Primero le dieron sepultura de urgencia, ataúd forrado interiormente de lienzo blanco. Luego su hija monja ordenó labrar un hermoso mausoleo.

El medievalista don Julio González resumirá la acción pública de doña Berenguela con esta frase lapidaria:

-Corazón y cerebro del Reino

Las mujeres del palacio real de Burgos acertaron a mezclar el atractivo cortés, aventurero, de la abuela Leonor de Aquitania, por quien sentían gran admiración, con la honestidad ejemplar de los hogares rurales de Castilla, Así Blanca en París, Berenguela en Burgos, dieron a sus hijos una educación impagable, que los antiguos escritores achacaron al hecho de haberlos amamantado a sus propios pechos, según escribió de Berenguela el arzobispo de Toledo:

- Con tettas llenas de virtudes le dio su leche, de guisa que magüer que ya era varón fecho, en todo le obedecía... Le metió (al hijo) en el corazón fechos de obras de pietat de ome varón, de todo linaie et toda pleitesía, et toda la nación, toda lengua, entendiesen todos et viesen obras de misericordia a todos.

O sea, lo educó misericordioso, justo y liberal. Las alabanzas del arzobispo proclaman a la reina madre tan cumplida en virtudes y méritos “que non se halla par, ni semejante”, ni en modernas ni en antiguas. Sus nueras, Beatriz primero, Juana después, la veneraban. Y los moros, también:

- Della se maravillaron los moros, noble reyna donna Berenguela...

Quienes peleamos en las mesnadas del Rey sabemos que la presencia de doña Berenguela cubría las ausencias del monarca para gobierno del Reino, también para vigilar la intendencia de los ejércitos. A don Fernando le gustó firmar documentos y diplomas “*ex assensu et beneplacito matris meae*”, con acuerdo y beneplácito de mi madre.

Será difícil para el Rey, sustituir en Castilla y León la autoridad de doña Berenguela, él ausente.

Imposible absolutamente le será sustituir su amor de madre.

Cuando las nuevas oyó, don Fernando fue *"muy quejado et muy quebrantado, del grant pesar que ovo"*.

Ella era "espejo de Castilla, y de León, y de toda España".

Su hijo el Rey no pudo asistir siquiera al entierro.

Solo sintió consuelo por haber tomado Alcalá. Desde su castillo contempla "esa rosa abierta en la campiña", y el caserío insigne entorno al más hermoso alminar. Alcalá consuela al Rey, de aquí Sevilla le queda al alcance de la mano.

3.- El obsequio de pan y el obsequio de agua. Nadie jamás dio tan preciosos auxilios a Sevilla.

El agua de Alcalá cumplió dos funciones.

Una, recoger en galerías profundas la corriente misteriosa brotada de fuentes subterráneas, mágicas, prodigiosas; apretarla en la acequia que llegara a la puerta Carmona de Sevilla; y alzada por el famoso acueducto de 410 arcos, desparramarla por las viviendas sevillanas y por sus jardines.

Pero además los alcalareños plantaron anchos azudes que cortaban oblicuamente su curso dirigiendo las aguas hacia la entraña de sus molinos. Al nombre del río va unida en las tradiciones la poética leyenda de la princesa árabe Alguadayra, hermosa y desgraciada como deben aparecer siempre las princesitas. Pero el poema brillante del Guadaira lo componen en verdad las cuatrocientas piedras y cuarenta molinos, capaces de abastecer ciento cincuenta tahonas con una producción de 45.000 hogazas. Este complejo industrial con raíces en la Edad Media constituye un asombro. Cifras de pocos años atrás certificaron, cuando Alcalá reunía en sus célebres "Congresos Nacionales del Pan" las Federaciones de Panaderos de todas las provincias andaluzas, que 3/4 partes de la población activa alcalareña trabajaba la industria del pan.

Sevilla correspondió pronunciando como quien dice palabras santas la fórmula "pan de Alcalá".

4.- Permítanme solamente recordar los bocoyes para aceitunas; el canto por soleás; y el milagro del albero, esa tierra que da carác-

ter peculiar a la arena de las plazas andaluzas. Me encanta saber que un alcalareño aquí presente ha sido capaz de preguntarse si el Dios azul del Génesis modeló al primer hombre Adán con albero amarillo de los alcores.

5.- Con su castillo arriba y la Virgen del Águila asentada en la planicie superior del cerro, Alcalá posee tal fuerza expresiva que cometeríamos un atentado considerando la ciudad hoy “simple dormitorio” de los obreros que van y vienen al trabajo industrial.

Ese castillo que a lo largo de los siglos sufrió embestidas históricas, arrasado y edificado, acogió en su plataforma probablemente la presencia de una mezquita, sobre la cual se alzó luego la iglesia mudéjar que sirve de estuche a Santa María del Águila. La tenacidad de los alcalareños ha salvado con reconstrucciones costosas el pedestal de la Virgen.

6.- Si todas las familias de Alcalá rinden tributo de amor a la ciudad y a su Virgen del Águila, permítanme dedicar unos segundos al que me gustaría llamar “clan de los Romero”. Me atrevo a profetizar que nuestro nuevo académico cumplirá una singladura brillante desde nuestra corporación: Me basta echar mano del sencillo refrán que afirma “de casta le viene al galgo”.

He gastado largas horas de lectura reposada sobre las páginas del impagable trabajo “Alcalá de Guadaira” de Vicente Romero Muñoz, hijo de Vicente Romero Escacena; padre de Vicente Romero Gutiérrez, nuestro académico; y abuelo de Vicente Romero González. Del corazón de los Romero brotó y brota un torrente amoroso, erudito, con Alcalá por bandera. La historia, el brillo de Alcalá, su Virgen del Águila, los personajes, los artistas, el pulso civil y religioso, San Juan de Dios, los salesianos, toda el agua, todo el pan, todo el albero de Alcalá viene fundido en su biografía. La familia Romero me aparece pegada, enroscada a la ciudad de Alcalá como se pega y se enrosca la yedra a los árboles o a una torre.

7.- He tenido el privilegio de leer ya el discurso que oiremos ahora. No quiero robarle su perfume adelantando contenidos ni dedicándole alabanzas.

A sus cuarenta años de edad, Vicente Romero Gutiérrez trae consigo un currículum apretado, de estudios y aportaciones, unas históricas, otras literarias. Trabajador intelectual permanentemente volcado al tajo. Conferencias, pregones, informes, siempre a honor de Alcalá. Cofrade desde los pechos de su madre, recién nacido, al mejor estilo andaluz. Diputado en Juntas de Gobierno, mayordomo, Hermano Mayor de la Virgen del Águila, ocupó el cargo de vicepresidente y ocupa ahora el de Presidente en el Consejo de Hermandades y Cofradías de Alcalá de Guadaíra. También vinculado estrechamente a la Hermandad de Jesús Nazareno. Para el año 2000 podremos conocer su historia de las “Hermandades de Penitencia Alcalareñas”, tras diez años de investigaciones.

Prepárense a oír una letanía impagable de piropos de fina literatura y coplas populares dedicados a Ntra. Sra. del Águila. A mí lo que me asombra es que un señor profesionalmente responsable del Departamento de Aduanas en la Dependencia Regional de la Agencia Estatal de Administración Tributaria -hay que respirar hondo para completar el cargo- se mueva con absoluta soltura en terrenos históricos y literarios, hasta firmar con la profesora Valor Piechotta un excelente trabajo acerca del “abastecimiento de agua” en el último siglo de la Sevilla islámica. Milagros de Alcalá, a fin de cuentas el agua era suya...

8.- Estamos a un año de la gran jornada que Alcalá vivirá en junio del año 2000 con la coronación de la Virgen del Águila: Decididos a conseguir la benevolencia del Arzobispado, los alcalareños aportaron 21 tomos con firmas pidiendo la coronación.

Yo quiero acercarme devotamente al Santuario para encender en el candelabro de las promesas tres velas:

una, implorando bendición a favor de nuestro académico;
otra, implorando bendición a favor de su familia;
la tercera, implorando bendición a favor de Alcalá:
Que el águila os transporte en sus alas hacia un futuro dichoso.

Muchas gracias.